

“El deber de apoyar a la familia”. Una revisión del pacto intergeneracional de ayudas familiares en España

Luis Ayuso Sánchez*

RESUMEN

En los países del Sur de Europa y, sobre todo, en España, la familia asume un papel clave como actor de bienestar social. Este protagonismo ha descansado tradicionalmente en un pacto implícito que establece el deber de ayuda de unas generaciones a otras. Dicho pacto se basa en unas fuertes normas culturales y se plasma a través de la solidaridad familiar. Este trabajo profundiza en esta alianza intergeneracional teniendo en cuenta los valores de cada generación y el intercambio de ayudas entre familiares. Se utiliza para ello la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad*, realizada en 2007 a una muestra representativa de la población española. Los resultados señalan el amplio respaldo social a los valores “familistas”, así como la importancia de los apoyos prestados por las mujeres de la generación adulta. Asimismo, los jóvenes destacan por su implicación en los intercambios de apoyo y solidaridad familiar, como receptores y prestadores. La evidencia disponible apunta a que la evolución de esta implicación puede depender más de cuestiones sociodemográficas que valorativas.

Diferentes antropólogos, desde Lewis H. Morgan a Claude Lévi-Strauss, han coincidido en vincular el origen de la familia con el cumplimiento de funciones esenciales para la sociedad. Murdock (1949) resumió estas funciones en cuatro: la sexual, el control de la reproducción, la socialización y la cooperación económica. Todas ellas se habían dado a lo largo del tiempo, aunque cambiaban en función de las sociedades, la clase social o el ciclo de vida. Los primeros sociólogos, como Comte o

* Departamento de Derecho del Estado y Sociología, Universidad de Málaga (luis.ayuso@uma.es).

Durkheim, no dudaron en otorgar a la familia un lugar central en la explicación del sistema social, pese a las profundas transformaciones que acontecían en la sociedad de su época: el mantenimiento del orden social descansaba en el funcionamiento de la institución familiar; la cultura familiar debía controlar los comportamientos de los miembros de la familia y asegurar la ayuda solidaria entre ellos.

En las sociedades avanzadas de comienzos del siglo XXI, la familia ha experimentado importantes transformaciones tanto en su estructura como en la cultura sobre la que se asienta. Algunos sociólogos coinciden en afirmar que esta institución se encuentra inmersa actualmente en un proceso de “destradicionalización” (Giddens, 1995), caracterizado por una individualización dominante en las relaciones entre sus miembros (De Singly, 2000), de lo cual se deriva la necesidad de “reinventar” una nueva familia (Beck-Gernsheim, 2003); otros, en cambio, subrayan el proceso de adaptación de la familia a un nuevo contexto social cambiante, en el que se multiplican los estilos de vida, y la familia pierde parte de sus funciones materiales para centrarse en las emocionales y en la búsqueda de la felicidad (Alberdi y Escario, 2003).

Más allá de la distinción de estas tendencias, diferentes trabajos ponen de relieve cómo en todos los países europeos, pero sobre todo en los del Sur, el familismo marca decisivamente el funcionamiento y la organización de las respectivas sociedades. El sistema de ayudas familista se organiza a partir de un pacto intergeneracional implícito establecido sobre una base normativa fuerte, según

la cual los miembros de la familia deben ayudarse solidariamente. De este modo, las generaciones de edades intermedias deben encargarse de los cuidados y la protección de las generaciones mayores, así como de la crianza y el mantenimiento de los más jóvenes. Los mayores reciben los cuidados de la familia tras haber “invertido” en ayuda familiar cuando eran jóvenes, mientras que los más pequeños son socializados en el deber de ayudar al resto de las generaciones. Esta base normativa ha sido, y es, clave en la socialización de hombres y mujeres, pero, sobre todo, de ellas, las mujeres, en las que tradicionalmente recaía (y, en buena medida, continúa recayendo hoy) la función de los cuidados¹. Sin embargo, y pese a la aparente permanencia inercial de las pautas, ese pacto de ayuda familiar debe renovarse generación a generación.

El objetivo de este trabajo consiste en revisar este pacto intergeneracional en España, analizando cómo afectan los valores familiares al intercambio de ayudas entre los miembros de la familia. Con un propósito fundamentalmente exploratorio, se pretende conocer cómo se interpreta este pacto comparando diferentes generaciones de españoles. ¿Se aprecian cambios de valores en el “deber” de ayudar a la familia? ¿Qué intercambio de ayudas se sigue produciendo? ¿Quiénes son los que más ayudan y los que más reciben? ¿Tienen relación los valores familiares con los intercambios de ayuda intergeneracionales?

1. LOS INTERCAMBIOS DE AYUDA FAMILIAR DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS REDES FAMILIARES

No se pueden comprender las características de la sociedad española sin un análisis de su realidad familiar y del papel central que esta última ha asumido en la configuración de la idiosincrasia de aquella. La familia constituye el lugar en el que se encuentran las distintas generaciones. La costumbre, la base normativa de la sociedad y los lazos personales generan unas “obligaciones mutuas vinculantes”. La llamada “solidaridad familiar” hace referencia al conjunto de relaciones que se desarrollan en los grupos primarios (principalmente familiares, pero también vecinos y amigos) y que permiten el desarrollo de funciones

¹ Sobre el concepto “pacto intergeneracional” véanse las aportaciones de Garrido (1996, 2006) en relación con la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo y la conexión entre la jubilación y la reproducción en España.

de apoyo mutuo, ayuda material y subjetiva entre sus miembros. Meil (2000) ha analizado las diferentes estrategias que utilizan los españoles para mantener esta solidaridad relacional aplicada al cuidado de personas mayores; según este autor, semejante solidaridad se ve reforzada por la proximidad geográfica de las generaciones, la elevada frecuencia de contactos motivada principalmente por esta proximidad, y las prácticas de ocio intergeneracional.

La fuerza de esta red de ayuda mutua, tan importante en la estructuración de las relaciones familiares en España, plantea la pregunta sobre el motor de este compromiso familiar, de este sacrificio buenamente asumido. Desde un punto de vista sociológico y a nivel micro, sobresalen dos enfoques. Según los teóricos *comunitaristas*, la familia se caracteriza por producir lo que Donati (1997) ha denominado “bienes relacionales primarios”; es decir, aquellos bienes y servicios hechos de relaciones humanas y que solamente pueden obtenerse y disfrutarse conjuntamente por quien participa en su producción. El énfasis se pone en la relación, y no tanto en los términos en los que se produce. Esta relación se basa en la donación, que es, por lo general, asimétrica, y que constituye un intercambio simbólico en el que uno da al otro, con la expectativa de que el otro, cuando y como pueda, si es que puede, dará en términos de equivalencia simbólica, no material o de precio monetario (Donati, 1997: 123). Los bienes relacionales, propios de la familia y las organizaciones de voluntariado, explicarían las relaciones familiares entre generaciones, en las que los padres se sacrifican por los hijos simplemente por mantener la relación, por ayudar y ser ayudados, o si se quiere, por querer y ser queridos.

Desde una perspectiva teórica más *individualista*, otros autores han enfatizado las relaciones de reciprocidad, en las que se espera una simetría en el intercambio. Siguiendo las aportaciones de Homans y Blau, y de la teoría de la elección racional, este enfoque subraya el utilitarismo de los individuos, y cómo sus comportamientos están regidos por la búsqueda del interés y del beneficio propio. Para estos autores, la gente tiende a actuar racionalmente siguiendo el principio de optimización, es decir, maximizando beneficios y minimizando costes. Esta lógica puede aplicarse a la explicación de cualquier tipo de intercambio, incluidos los altruistas, y también a todas las esferas sociales. En su análisis de la realidad familiar, Becker (1987, 1993) analiza las relaciones de ayuda intergeneracional, y subraya cómo las contribucio-

nes individuales de cada persona al bienestar familiar buscan, de forma indirecta, una compensación a través de la transferencia de recursos del resto de miembros. En relación con los hijos, los padres pueden invertir en su educación y formación o ahorrar ese dinero para cubrir sus necesidades en la vejez. Al optar por la inversión en los hijos, esperan que dicha apuesta genere un bienestar que beneficie a ambas partes. En este sentido, Becker apunta que los padres intentan transmitir a sus hijos valores de compromiso, afecto y también culpa, como forma de garantizarse su apoyo en la vejez.

Ambas perspectivas, la *comunitarista* y la *individualista*, rivalizan en la explicación de los intercambios familiares a nivel micro. Sin embargo, la aproximación desde un punto de vista macrosociológico ofrece también claves importantes para la reflexión. El estudio de la realidad social muestra cómo, a pesar de la tesis de Coleman (1993) según la cual el desarrollo de la sociedad trae consigo un cierto desplazamiento de la familia por el individuo como fenómeno primordial –transformación que viene acompañada de la primacía de las relaciones instrumentales y utilitarias sobre el resto de intercambios–, en la organización de las sociedades actuales intervienen decisivamente las redes familiares. Siguiendo los estudios de Bengtson y Achenbaum (1993), así como de Attias-Donfut (2000), la redistribución de la ayuda familiar intergeneracional cobra mucha importancia en el aumento del bienestar de las personas pobres, pero también de las personas con más recursos. La presencia y organización de este “colchón” familiar difiere entre países. A este respecto, cabe distinguir tres grandes tipos de sociedades: en primer lugar, aquellas en las que se dan mayoritariamente contactos frecuentes entre hogares, y diferentes formas de ayudas intergeneracionales en muchas direcciones; en segundo lugar, aquellas en las que prevalecen intercambios limitados a dos generaciones; y, en tercer lugar, aquellas en las que tales intercambios son débiles, y las desavenencias entre familiares frecuentes (Jurado y Naldini, 2007:104).

Tomando como referencia el caso español, en nuestro país como en la mayoría del Sur de Europa, no se cumplió completamente la tesis, formulada por Talcott Parsons hace aproximadamente cinco décadas, sobre la nuclearización familiar. Es decir, a pesar del declive de la denominada familia tradicional, las familias modernas siguen recogiendo a un considerable número de familiares bajo el techo de un mismo hogar y, sobre todo, mostrando una elevada frecuencia de contactos entre sus miembros. En España, los rápidos e intensos

cambios que se desarrollaron en la estructura familiar a partir de los años sesenta no menoscabaron sustancialmente el modelo familista de bienestar social, como se aprecia en múltiples ámbitos. Por ejemplo, aunque en las últimas décadas se asiste al aumento de la soltería (Martínez Pastor, 2008), la formación de una familia propia continúa ocupando un lugar privilegiado en las aspiraciones vitales de los jóvenes (Ayuso, 2010). La solidaridad familiar intergeneracional continúa siendo fundamental para el mantenimiento del actual sistema de bienestar (Pérez-Díaz *et al.*, 1998; Flaquer, 2004; Meil, 2011). La familia interviene a menudo con éxito en la búsqueda y obtención de empleo (Martín Aranaga, 2000), en la emancipación y adquisición de la primera vivienda de los jóvenes (Leal, 2002) y, sobre todo, a la hora de facilitar la conciliación de la vida familiar y laboral de las familias jóvenes (Tobío *et al.*, 2010): el cuidado de las abuelas (y cada vez más, de los abuelos) posibilita el trabajo de los padres y el mantenimiento de los valores familiares en los niños (Bazo, 2008).

Los estudios probablemente más conocidos de la familia española han destacado sus cambios estructurales, en particular desde el punto de vista demográfico, así como los ámbitos del bienestar en los que la familia desempeña un papel fundamental. Desde una posición microsociológica, se suele señalar asimismo la multiplicidad de realidades familiares que acontecen como consecuencia de los efectos de la modernización sobre la esfera familiar. Sin embargo, faltan estudios que subrayen el papel de la familia desde el punto de vista de la red familiar. Los trabajos de Meil (2000, 2006 y 2011) sobre solidaridad familiar, de Bazo (2008) sobre relaciones intergeneracionales o de Requena (2011) sobre las redes de apoyo, se orientan en esta dirección, poniendo de relieve la centralidad de estas relaciones y la necesidad de conocerlas mejor.

En efecto, un análisis fundado específicamente en el estudio de las relaciones familiares intergeneracionales y en su funcionamiento puede contribuir a explicar fenómenos que, a menudo, pasan desapercibidos, pero que importan mucho cuando se trata de interpretar cabalmente la dinámica social de nuestro país. Aspectos generales y específicos de nuestra organización y nuestras prácticas sociales –como el corporativismo en el mundo laboral, el número y el tipo de asociaciones civiles, la forma de vivir e interpretar el bienestar y la calidad de vida, la expansión de la vivienda en propiedad, el descenso de la fecundidad, la ausencia de políticas familiares, la escasa movilidad labo-

ral geográfica, e incluso la endogamia regional en las pautas de emparejamiento— difícilmente pueden explicarse sin prestar atención a las relaciones familiares.

2. METODOLOGÍA

Este trabajo aborda dos realidades difíciles de analizar: la cultura familiar y los intercambios de ayudas. Los aspectos normativos han sido poco tratados por la literatura, pero son muy importantes para interpretar los comportamientos. Conocer qué normas sociales prevalecen en el ámbito familiar es complicado, dado que en la obtención de este conocimiento puede interferir la “deseabilidad social”; por ejemplo, no es fácil que los padres o abuelos cuidadores verbalicen su grado de saturación en el cuidado de sus descendientes, aunque esta exista. Esta tarea se dificulta más si no se dispone de indicadores homogéneos y sistemáticos que permitan realizar comparaciones en distintos momentos del tiempo. Por otro lado, medir los tipos de ayudas que se intercambian en el seno de la familia tampoco es una cuestión sencilla, ya que supone abordar cuestiones de las que muchas personas no son conscientes, así como introducirse en la negociación privada de la organización familiar.

A pesar de estas dificultades, las encuestas permiten mejor que otros métodos calibrar las opiniones y cuantificar los comportamientos familiares. En este artículo se ha utilizado principalmente la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad*², y, de manera complementaria, datos procedentes del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), como el Estudio 2.844 (2010) y el Estudio 2.801 (2009).

En los análisis efectuados para la investigación del cambio intergeneracional se han agrupado las edades en tres generaciones: jóvenes (de 18 a 35 años), adultos (de 36 a 59) y mayores (de 60 o más años). Para el estudio de los valores se han utilizado cinco de los ítems incluidos en el cuestio-

² Diseñada por Gerardo Meil (Universidad Autónoma de Madrid) al amparo de un proyecto I+D (SEJ2006-08676), la encuesta (telefónica) incluyó a 1.200 entrevistados, muestra a la que se aplicó una variable de ponderación de sexo y edad con el objeto de mejorar su representatividad. La empresa Metroscopia fue la encargada de la realización de la encuesta entre los meses de noviembre y diciembre de 2007. Los principales resultados de esta encuesta pueden consultarse con mayor profundidad en Meil (2011).

nario, referidos al grado de acuerdo con diferentes intercambios familiares³. Combinándolos, se ha construido una escala de familismo que va del 0 al 5: la puntuación de 0 y 2 corresponde a los “no familistas”; el 3 recoge a los “ambivalentes”, mientras que los “familistas” obtienen una puntuación entre 4 y 5. Para el estudio de los intercambios se han analizado las personas que dan y reciben distintos tipos de ayuda a familiares o de familiares, no teniéndose en cuenta la ayuda procedente de, y/o dirigida a amigos, vecinos u otros conocidos. Se han utilizado diez ítems relativos a ayudas relacionadas con las reparaciones domésticas, la compra y el transporte, las tareas domésticas, el “papeleo”, la asistencia a familiares dependientes, el apoyo emocional, la ayuda para la vivienda, las transferencias económicas regulares y las extraordinarias de mayor volumen, así como las ayudas a niños menores de catorce años. A partir de estos indicadores se ha elaborado una escala que adquiere valores del 0 al 8, y que ha sido recodificada para distinguir a los que “ayudan mucho” (del 3 al 8) de los que “ayudan algo” (1 y 2) y los que “no ayudan nada” (0), así como a los que “reciben mucho” (del 3 al 7) de los que “reciben algo” (1 y 2) y “no reciben nada” (0). El cruce entre las personas que ayudan a la familia y aquellas que reciben este tipo de ayudas permite construir una clasificación que distingue a los que ayudan y reciben mucho, no ayudan nada y no reciben nada, ayudan algo y reciben algo, ayudan más de lo que reciben, y reciben más de lo que ayudan.

Por último, para profundizar en la relación entre los valores familiares y el grado de ayudas desde el punto de vista intergeneracional, se han contrastado estas escalas teniendo en cuenta las distintas generaciones y el sexo. En la búsqueda de las diferencias por cohortes de edad y los factores que las influyen, se optó por dos tipos de análisis multivariantes; uno de segmentación, que permite de forma jerárquica y visual establecer los factores que más se relacionan con los valores familistas, y otro multinomial, que contrasta las diferencias entre generaciones y la influencia de los valores en el grado de intercambios.

³ Los ítems familiares son los siguientes: “los padres deberían ayudar económicamente a sus hijos ya adultos si tienen dificultades económicas”, “los abuelos deberían cuidar de los nietos cuando los padres no pueden hacerlo”, “los hijos deberían ajustar su ritmo de trabajo a las necesidades de los padres”, “los hijos deberían ayudar económicamente a sus padres cuando tienen dificultades económicas”, “los padres deberían vivir con los hijos cuando ya no pueden hacerlo solos”.

Este estudio adopta una perspectiva exploratoria y, en la presentación de sus resultados, debe tenerse en cuenta que el trabajo de campo se realizó antes de la crisis económica (2007); es muy probable que las cifras de intercambios familiares hayan aumentado al hacerlo el desempleo y la restricción de recursos económicos en manos de las familias.

3. LA OPINIÓN PÚBLICA DE LOS ESPAÑOLES SOBRE EL PAPEL DE LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD

Desde que en los años sesenta comenzaron a realizarse en España de modo sistemático encuestas de opinión, la familia ha destacado, como en el resto de países europeos, como la institución más valorada. Esta elevada valoración se explica en virtud de la importancia de las funciones sociales, culturales, económicas y de prestación de servicios a la comunidad que cumplen las familias. El cumplimiento de estas funciones se apoya en un consenso normativo que se traslada de generación en generación sin apenas reflexión, pero que puede estar transformándose (cuadro 1).

Prácticamente la mayoría de los españoles (49,3 por ciento) afirman que la función más importante que realiza la familia es la de criar y educar a los niños/as; le sigue la labor emocional referida a proporcionar amor y afecto (27,7 por ciento) y, en un lugar mucho más alejado, mantener los valores culturales y morales (7,3 por ciento), y cuidar de la salud de sus miembros (5,9 por ciento). En cambio, los entrevistados apenas señalan la respuesta "proporcionar ayuda económica a los que la necesiten" (1,5 por ciento). Así pues, los españoles subrayan el papel relacional de la familia frente a su carácter instrumental. No se aprecian diferencias de género importantes; en todo caso, las más destacables afectan a la función cuidadora, siendo los hombres (sobre todo, los más jóvenes: 8,1 por ciento) los que, en mayor medida, señalan esta respuesta como la principal función de las familias. Discrepancias más significativas se observan, sin embargo, entre los grupos de edad: a medida que esta aumenta, las personas de más edad son las que más insisten en la función educativa y de cuidados respecto a sus descendientes, mientras que los más jóvenes destacan el papel emocional de la familia. Esta tendencia coincide con las tesis de diferentes autores que señalan la pérdida de importancia de la familia como unidad productiva en favor de su labor sentimental, como

CUADRO 1

OPINIÓN SOBRE EL PAPEL MÁS IMPORTANTE QUE DESEMPEÑA LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD, SEGÚN SEXO Y GENERACIÓN

	De 18 a 35 años		De 36 a 59 años		60 o más años		Total %
	Hombres %	Mujeres %	Hombres %	Mujeres %	Hombres %	Mujeres %	
Criar y educar a los niños/as	42,8	45,1	50,8	51,9	54,6	51,1	49,3
Proporcionar amor y afecto	32,4	35,0	27,0	27,3	18,3	23,5	27,7
Cuidar de la salud de sus miembros	8,1	4,8	5,8	5,7	6,7	4,7	5,9
Asegurar la supervivencia de la especie humana	2,7	2,0	2,1	1,2	2,8	0,6	1,9
Mantener los valores culturales y morales	7,4	6,3	8,0	8,3	7,7	5,8	7,3
Cuidar de las personas mayores	0,2	1,0	1,4	2,2	4,2	3,6	1,9
Proporcionar ayuda económica a los que la necesiten	1,0	2,3	1,4	0,8	1,4	2,2	1,5
Otras respuestas	1,5	1,8	1,0	1,2	0,7	1,9	1,3
Ninguna	1,0	0,4	0	0,4	0,4	0,3	0,3
Ns/Nc	2,9	1,2	2,5	1,2	3,2	6,4	2,8

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio 2.844 del CIS (2010).

lugar para la búsqueda de la felicidad (Giddens, 1995; Alberdi y Escario, 2003). Sin embargo, en la actualidad y en países del Sur de Europa como el nuestro, los intercambios generacionales de apoyo siguen siendo muy importantes. Importa, por ello, profundizar en la transmisión de las normas del “deber de ayuda familiar”.

4. LOS VALORES FAMILIARES DE AYUDA INTERGENERACIONAL

El pacto implícito por el que unas generaciones deben ayudar a las otras se organiza sobre la base de un acuerdo normativo que regula la cultura y los comportamientos familiares. La hipótesis clásica señala que, con el proceso de individualización que experimentan las sociedades modernas, cabría esperar un deterioro de los valores de compromiso y obligación intergeneracional a favor de una mayor autonomía de sus miembros. ¿Qué ocurre en la sociedad española? ¿Se observan cambios intergeneracionales en los valores relativos a la ayuda familiar?

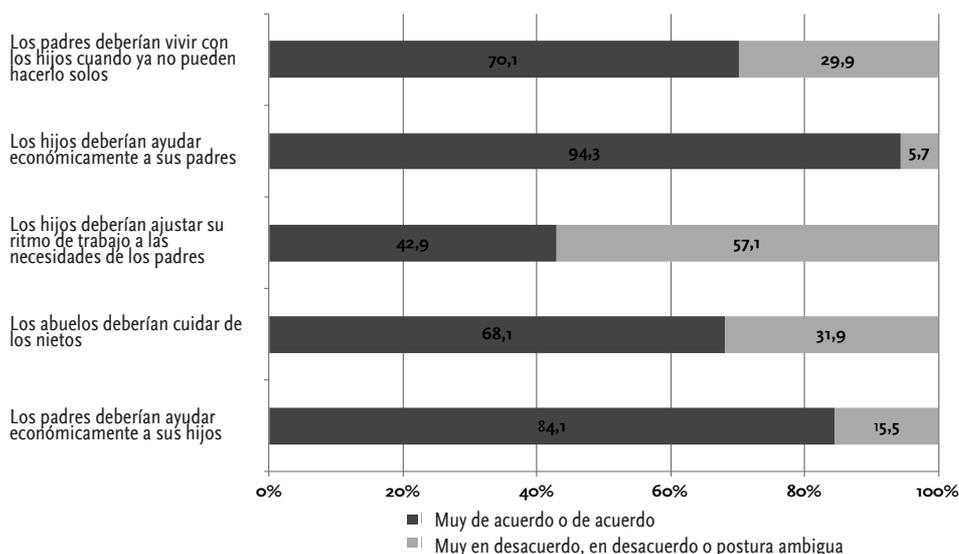
El gráfico 1 muestra la opinión mayoritaria de los españoles sobre el grado de ayuda que

debe prestarse entre familiares. Los datos reflejan el amplio respaldo del que goza el “deber de ayudarse” entre los miembros de la familia. Aunque, como se ha apuntado, el grueso de los españoles no considera que la familia tenga una función principalmente económica, la gran mayoría suscribe la opinión según la cual los hijos deben ayudar económicamente a los padres (94,3 por ciento), y estos a los hijos ante situaciones de necesidad (84,1 por ciento). Esta aparente discrepancia sugiere, por un lado, que la labor de criar y educar a los hijos –la opción más señalada según vimos en el cuadro 1– se concibe asociada al apoyo económico, y por otro, que aunque no se reconozca explícitamente esta función económica de la familia, por su carácter fundamental se da casi por descontado.

Un menor grado de acuerdo se aprecia respecto del deber de los padres de irse a vivir con los hijos cuando ya no pueden hacerlo solos (70,1 por ciento), y al de los abuelos de cuidar a sus nietos (68,1 por ciento). En ambas cuestiones, se puede observar que una parte de la sociedad prefiere un mayor grado de autonomía. Aproximadamente dos de cada tres mayores (68,8 por ciento de los entrevistados de 60 o más años) afirmaban en 2009 que les gustaría vivir solos/os en su casa cuando fuesen más viejos (CIS, Estudio 2.801), mientras que el cuidado de los hijos es una cuestión que se percibe

GRÁFICO 1

GRADO DE ACUERDO CON VALORES DE AYUDA FAMILIAR



Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

cada vez más como responsabilidad principalmente de los padres. El único aspecto en el que la familia cobra un papel menos central es el del trabajo: la mayoría de españoles se muestra contrario a que los hijos ajusten su ritmo laboral a las necesidades de los padres (57,1 por ciento).

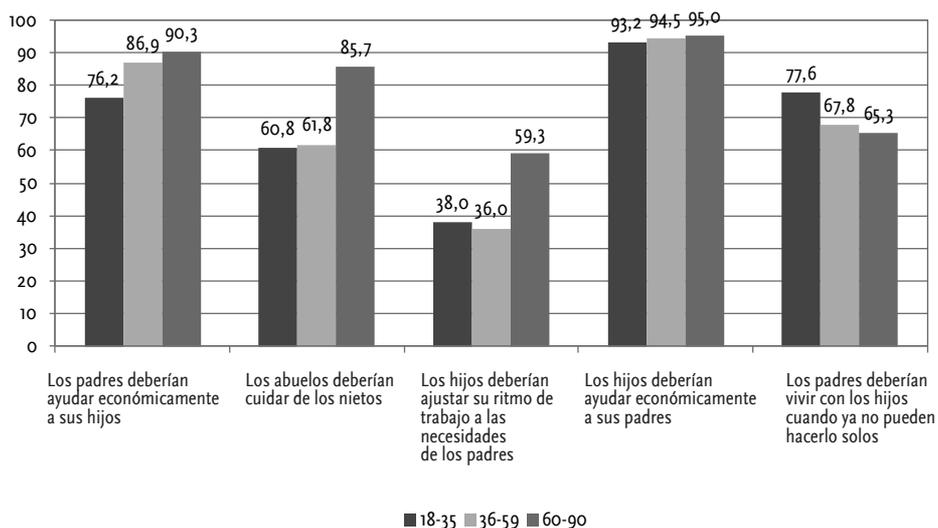
Desde el punto de vista intergeneracional se observan algunas diferencias significativas que pueden apuntar a cambios en el futuro (gráfico 2). Existe un alto consenso intergeneracional en que los hijos deberían ayudar económicamente a sus padres cuando tienen dificultades económicas, lo cual puede interpretarse como una “devolución” de la ayuda que estos han prestado antes a sus hijos. El apoyo en dirección contraria, de padres a hijos, se percibe de forma diferente según la edad. Así, la generación más joven (entre 18 y 35 años) suscribe en menor medida la opinión según la cual los padres deben ayudar económicamente a sus hijos (76,2 por ciento), pero, al mismo tiempo, destaca por prestar respaldo más amplio a que los padres vivan con sus hijos cuando no pueden hacerlo solos (77,6 por ciento). Esta evidencia indica, por un lado, que los jóvenes mantienen el pacto intergeneracional por el cual se responsabilizan del cuidado de sus padres; sobre todo, porque muchos de ellos aún no se han emancipado o lo

han hecho muy tarde, lo que muy probablemente contribuye a fortalecer el vínculo familiar (Gaviria, 2005). Por otro lado, los datos también sugieren cierta relajación del compromiso hacia sus propios hijos, que podría deberse a dos razones: en primer lugar, a que la mayoría de ellos aún no tiene descendencia (solo un 44 por ciento de los jóvenes tienen hijos frente al 87 por ciento de media del resto de generaciones); esta explicación no vale, habida cuenta de que en este grupo no se observan diferencias significativas a este respecto entre quienes tienen y quienes no tienen hijos (76,7 y 75,5 por ciento, respectivamente); en segundo lugar, a que valoran la responsabilidad individual de quienes son capaces de valerse por sí mismos y limitan la responsabilidad paterna. Evidentemente, también cabría interpretar este dato como una manifestación de debilitamiento del familismo hacia los descendientes, pero no parece esa la interpretación más consistente con el resto de la evidencia procedente de estas encuestas.

Las cuestiones en las que se advierten mayores diferencias intergeneracionales son las referidas al cuidado de los nietos por parte de los abuelos, y al ajuste del ritmo de trabajo de los hijos en función de las necesidades de los padres. Ambas reflejan una coincidencia valorativa entre la generación

GRÁFICO 2

GRADO DE ACUERDO CON VALORES DE AYUDA FAMILIAR SEGÚN GRUPOS DE EDAD

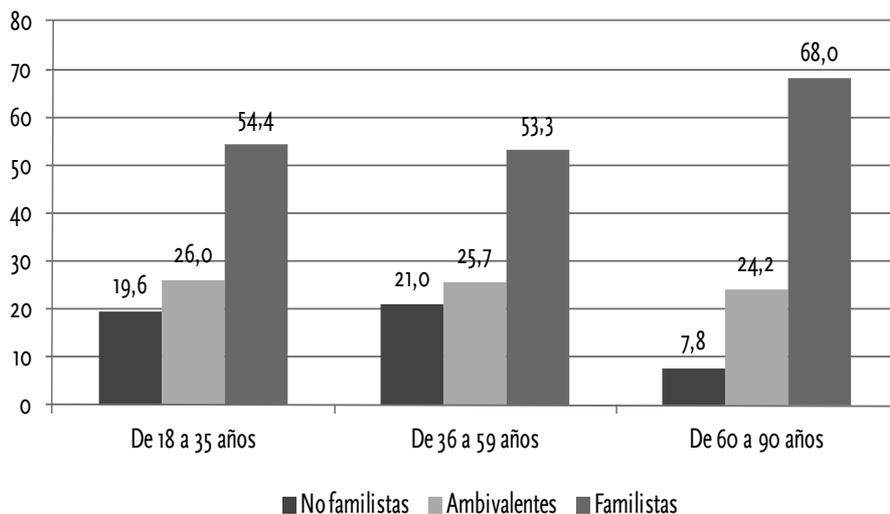


Nota: Se recogen solo los porcentajes de “muy de acuerdo” o “bastante de acuerdo”.

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

GRÁFICO 3

GRADO DE FAMILISMO SEGÚN GRUPOS DE EDAD



Nota: Sobre la construcción del índice véase el apartado metodológico.

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

de jóvenes y adultos, diferenciándose del grupo de más edad (60 o más años). En relación al cuidado de los nietos, los abuelos siguen mostrando su compromiso con la ayuda intergeneracional, si bien los padres perciben que este cuidado les incumbe principalmente a ellos, tal como reflejan otros trabajos (Meil, 2006); y en cuanto a la organización del ritmo de vida, la generación de los jóvenes, pese a su declarada disposición a prestar ayuda a la familia, establece la prioridad del trabajo y valora la autonomía a la hora de efectuarlo.

Combinando las respuestas a estas cinco cuestiones relativas a las normas colectivas de ayuda familiar, puede construirse una escala de “compromiso familiar” o “familismo”: casi seis de cada diez entrevistados (57,5 por ciento) declaran estar muy o bastante de acuerdo con todas estas opiniones. En todos los grupos de edad se aprecia la fortaleza de los valores familistas, sobre todo entre los mayores (gráfico 3). Los jóvenes y los adultos presentan porcentajes muy similares de compromiso familiar; en estas generaciones se observan proporciones algo mayores de personas ambivalentes (están de acuerdo solo con algunos compromisos familiares) y no familistas (19,6 y 21 por ciento, respectivamente). Así pues, a pesar de los rápidos e intensos cambios que ha experimentado la cultura

familiar española tendentes hacia una mayor tolerancia y democratización de sus comportamientos internos, los aspectos relativos al compromiso de ayuda intergeneracional siguen manteniendo su solidez. Los cambios en este ámbito adoptan, en todo caso, un ritmo más lento.

5. LOS INTERCAMBIOS DE AYUDA FAMILIAR ENTRE FAMILIARES

Operacionalizar todas las ayudas e intercambios que se producen en el seno de la familia es una labor compleja, difícil de abarcar en su totalidad y sobre la que apenas se dispone de datos. La encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007) analiza este apartado específicamente. Sin embargo, en los resultados que a continuación se presentan (cuadro 2) debe tenerse en cuenta que las ayudas analizadas se refieren mayoritariamente a personas que viven fuera del hogar y que se han efectuado en el último año. Por tanto, no contemplan las ayudas en hogares en los que conviven las diferentes generaciones, una forma de convivencia que en España es más alta que la media europea. Asimismo, solo se han analizado las ayudas

entre miembros de la red familiar, descartando las prestadas a otras personas próximas, como amigos o vecinos. Por último, debe señalarse que aquí se presentan las ayudas que presta y recibe la población en general, al margen de su posición en la estructura familiar y su situación familiar, lo cual tiende a minusvalorar estas cifras.

Independientemente de la generación a la que se pertenezca, las personas tienden a señalar que prestan más ayuda de la que reciben. En algunos casos, esto es realmente así, pero en otros quizá responda a la necesidad de reducir la disonancia cognitiva o incomodidad que puede producir este desequilibrio. De las ayudas analizadas,

el cuidado de niños menores de catorce años es la que más se afirma realizar (30,7 por ciento), mientras que solo en los casos de ayuda emocional en el último año y de ayudas para la adquisición de la vivienda en alguna ocasión, los encuestados admiten haber recibido más de lo que han ayudado. Estos tres tipos de ayudas representan transferencias significativas en nuestro país. El cuidado de niños es una de las funciones más importantes que se asigna a la familia; en la prestación de este tipo de cuidados, el esfuerzo intergeneracional realizado en los últimos años ha permitido el acceso al mercado de trabajo de muchas madres. Por otra parte, la ayuda para la adquisición de una vivienda representa una transferencia intergenera-

CUADRO 2

INTERCAMBIOS DE AYUDAS FAMILIARES ENTRE FAMILIARES CON LOS QUE NO SE CONVIVE

Tipo de ayuda prestada/recibida en el último año (a no ser que se indique otro período)	Intercambio	De 18 a 35 años %	De 36 a 59 años %	De 60 o más años %	Total %
Reparaciones domésticas	Ayuda a familiares	30,4	20,2	8,1	20,1
	Recibe de familiares	24,9	14,5	8,1	15,9
Compra o transporte	Ayuda a familiares	31,4	19,7	5,9	19,6
	Recibe de familiares	7,9	3,7	5,0	5,3
Tareas domésticas	Ayuda a familiares	23,3	14,3	5,3	14,7
	Recibe de familiares	20,3	6,1	6,6	10,7
Papeleo	Ayuda a familiares	19,2	16,0	4,4	13,8
	Recibe de familiares	14,1	5,7	22,2	12,8
Cuidado de familiares dependientes	Ayuda a familiares	16,8	22,5	13,4	18,2
	Recibe de familiares	1,6	1,0	4,7	2,2
Ayuda emocional	Ayuda a familiares	19,8	12,9	4,1	12,7
	Recibe de familiares	29,8	16,4	11,5	19,3
Ayuda para la adquisición de la vivienda (en alguna ocasión)	Ayuda a familiares	8,1	10,2	10,0	9,5
	Recibe de familiares	19,2	22,3	5,6	16,8
Ayuda económica para sus gastos (en los últimos cinco años)	Ayuda a familiares	14,4	13,5	13,1	13,7
	Recibe de familiares	10,8	4,3	1,2	5,5
Ayuda de gran cantidad de dinero (a lo largo de su vida)	Ayuda a familiares	10,8	13,7	15,3	13,2
	Recibe de familiares	15,2	12,3	3,1	10,7
Ayuda para el cuidado de niños menores de 14 años	Ayuda a familiares	38,8	29,0	24,0	30,7
	Recibe de familiares	23,0	12,1	0,0	12,3

Nota: Se recogen los porcentajes afirmativos de recepción y prestación de ayudas por parte de familiares con los que no se convive.

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

cional destinada a incrementar, en cierto modo, el patrimonio inmobiliario familiar. Estas ayudas materiales se combinan con el apoyo emocional característico de las nuevas familias democráticas.

Desde el punto de vista de las generaciones, la más joven se muestra especialmente activa tanto en la prestación de ayuda al resto de familiares como en la recepción de sus favores. Entre los apoyos que prestan los menores de 36 años destacan el cuidado de niños menores de catorce años (38,8 por ciento), así como el transporte y las reparaciones domésticas. En cambio, declaran ser beneficiarios frecuentes de apoyo emocional (29,8 por ciento), asistencia con las tareas domésticas (20,3 por ciento), cuidado de niños y ayudas para la adquisición de la vivienda (23 y 19,2 por ciento). El grupo de 36 a 59 años destaca por su papel de “generación cuidadora”, tanto de familiares dependientes (22,5 por ciento) como de niños menores de catorce años (29 por ciento). Ahora bien, el 22,3 por ciento de ellos afirma haber recibido ayuda de familiares para la adquisición de su vivienda, más del doble de los que dicen haberla prestado. Por último, la generación de mayores de sesenta años despunta por las ayudas económicas de carácter extraordinario prestadas a sus familiares (un 15,3 por ciento afirma haber ofrecido “gran cantidad de dinero” en alguna ocasión). Como cabría esperar, los mayores son los principales beneficiarios de las ayudas de tipo administrativo (el “papeleo”) y también de asistencia para el desempeño de actividades inaccesibles a quienes se encuentran en

situación de dependencia por edad o enfermedad, si bien afirman prestar este tipo de ayudas en mucha mayor medida que recibirlas.

En conjunto, la mitad de los españoles afirma haber ayudado a sus familiares en al menos una o dos de las cuestiones por las que se preguntó en la encuesta; y una cuarta parte, en tres o más. También casi la mitad de ellos reconoce haber sido destinataria de algo de ayuda (de uno o dos tipos), en tanto que un 40 por ciento señala no haber contado con ninguno de estos apoyos.

El cuadro 3 incluye información sobre la combinación de estos intercambios distinguiendo por generación y sexo. Mientras el 37,6 por ciento declara dar más de lo que recibe, el 16,9 por ciento afirma lo contrario; el resto de entrevistados practican intercambios simétricos, destacando un 6,6 por ciento que manifiesta ayudar y recibir mucho frente a un 14,4 por ciento que confiesa no ayudar ni recibir apoyo alguno. Los jóvenes, tanto hombres como mujeres, son los mayores protagonistas y destinatarios de estas ayudas familiares. Por el contrario, en el grupo de más edad se halla la proporción más grande de quienes (concretamente, mujeres) declaran mantenerse al margen de las ayudas familiares, como prestadores y como receptores (28,3 por ciento).

¿Quiénes son los que más ganan y pierden en este intercambio? Casi la mitad (48,2 por ciento) de las mujeres entre 36 y 59 años afirma dar más

CUADRO 3

INTERCAMBIOS DE AYUDA FAMILIAR EN FUNCIÓN DEL SEXO Y LA GENERACIÓN

	De 18 a 35 años		De 36 a 59 años		De 60 o más años		Total %
	Mujeres %	Hombres %	Mujeres %	Hombres %	Mujeres %	Hombres %	
Ayudan y reciben “mucho”	15,8	12,4	5,7	3,3	0,6	2,1	6,6
No ayudan ni reciben “nada”	5,6	5,7	10,9	18,0	28,3	19,7	14,4
Ayudan y reciben “algo”	23,7	29,0	24,7	25,5	20,6	21,8	24,4
Ayudan más de lo que reciben	36,2	31,6	48,2	36,0	29,4	41,5	37,6
Reciben más de lo que ayudan	18,6	21,2	10,5	17,2	21,1	14,8	16,9

Nota: Ayudan/reciben “mucho”: tres o más tipos de ayuda; ayudan/reciben “algo”: uno o dos tipos de ayuda.

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

de lo que recibe. Sobre estas mujeres recaen muchas de las ayudas prestadas a miembros de otras generaciones; ellas representan el eje sobre el que gira el bienestar familiar. En el caso de los varones, todos ellos ganan en este intercambio: confiesan ayudar menos que las mujeres, si bien los más mayores manifiestan prestar más ayudas de las que reciben (41,5 por ciento). Se trata fundamentalmente de ayudas de carácter económico, aunque también cada vez se implican más en el cuidado de los nietos. El esfuerzo familiar que realizan las mujeres de edades intermedias se ve en parte compensado por la ayuda que reciben cuando son mayores. Con todo, los hombres jóvenes y adultos admiten beneficiarse más que las mujeres; en el grupo de los mayores, en cambio, las mujeres que afirman recibir más de lo que ayudan superan considerablemente a los hombres que declaran encontrarse en esa situación (21,1 frente a 14,8 por ciento). Las mujeres mayores de 60 años desempeñan una labor fundamental en el apoyo a otras generaciones, pero también son las principales beneficiarias de la ayuda familiar al llegar a la vejez, sobre todo, porque viven más años que los hombres y acostumbran a mantener una mayor relación de proximidad afectiva con sus hijos e hijas.

que con algunas diferencias intergeneracionales. Por otra parte, el estudio de los intercambios muestra cómo los jóvenes son los más activos en la prestación y la recepción de ayudas, siendo clave el papel de las mujeres adultas en el mantenimiento del bienestar familiar, así como también los apoyos prestados por parte de los varones mayores de 60 años. ¿Existe alguna relación entre el tipo de valores familiares que se albergan y el intercambio efectivo de ayudas que se practica? La hipótesis clásica sugiere una relación positiva entre ambas variables.

El contraste entre valores e intercambios puede observarse en el cuadro 4. En la generación joven (18 a 35 años) no se aprecia, a primera vista, semejante relación positiva entre valores e intercambio de apoyo: el porcentaje de los jóvenes que reciben más de lo que ayudan es prácticamente igual, independientemente de que revelen mayor o menor compromiso familiar normativo. Este resultado es previsible, puesto que la recepción de ayudas de otros miembros de la red familiar no depende tanto de ellos cuanto de los familiares que las prestan. Con vistas a su implicación futura en los cuidados, es más importante conocer la ayuda que estos jóvenes prestan de forma asimétrica o en forma de donación. En este sentido, un 35 por ciento de los que podemos identificar como "familistas" afirman ayudar más de lo que reciben, frente a un 23,6 por ciento de los "no familistas". Por tanto, sí parece operar la relación entre valores y actuaciones: un menor familismo de las nuevas generaciones se traduciría probablemente en

6. LA RELACIÓN ENTRE LOS VALORES FAMILIARES Y LOS INTERCAMBIOS DE AYUDAS

El análisis de los valores ha subrayado la permanencia del familismo en la sociedad española, aun-

CUADRO 4

INTERCAMBIOS DE AYUDA FAMILIAR EN FUNCIÓN DE LOS VALORES FAMILIARES Y LA GENERACIÓN

	De 18 a 35 años		De 36 a 59 años		De 60 y más años	
	No familistas %	Familistas %	No familistas %	Familistas %	No familistas %	Familistas %
Ayudan y reciben "mucho"	9,7	16,8	2,0	5,2	0,0	1,4
No ayudan nada ni reciben "nada"	2,8	9,1	8,1	17,2	33,3	27,9
Ayudan y reciben "algo"	38,9	21,3	24,2	24,0	8,3	18,3
Ayudan más de lo que reciben	23,6	35,0	50,5	39,6	33,3	31,3
Reciben más de lo que ayudan	25,0	17,8	15,0	14,0	25,0	21,2

Nota: Para resaltar el contraste entre los entrevistados según su grado de apoyo a los valores familiares, no se presentan los resultados de aquellos clasificados como "ambivalentes" en términos de la intensidad de su apoyo a tales valores.
Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

una menor implicación en las ayudas intergeneracionales.

¿Qué ocurre con el grupo de edad intermedia, caracterizado por su mayor implicación en los cuidados personales? Aquí las diferencias entre familistas y no familistas operan en sentido contrario: hay personas en esta generación que se involucran de forma decidida en la ayuda a miembros de su familia contrariamente a sus valores familiares. Posiblemente el hecho de asumir cargas familiares en una relación asimétrica dé lugar a una saturación y a cierto debilitamiento del sentido del “deber”. Esta realidad no es fácil de descubrir directamente por las encuestas, ya que no forma parte del discurso social predominante a favor del mantenimiento del pacto intergeneracional. Se supone que las personas que ayudan desinteresadamente a la familia lo hacen, sobre todo, inducidos por sus valores familiares, pero los resultados arrojan dudas sobre la plausibilidad de esta suposición.

Por último, la generación de las personas mayores, independientemente de la intensidad de sus valores familistas, suele ayudar más que recibir.

Así pues, la relación existente entre los valores familiares y los intercambios de ayudas no es directa, sino que en ella intervienen una serie de elementos estructurales y temporales relacionados con el ciclo de vida y sus condiciones. Para profundizar en esta cuestión se han realizado varios análisis multivariantes, entre ellos un análisis de segmentación que toma como referencia los valores familiares y permite clasificar y ordenar de forma jerárquica el peso de los distintos factores.

Los resultados de este análisis de segmentación, que comprende a la población en general y, junto con la variable referida a los intercambios de ayudas, incorpora otras de tipo sociodemográfico, muestran que los factores que más explican los valores familiares no están relacionados con los intercambios, sino con elementos de tipo socio-demográfico. La principal diferencia la marca el nivel de estudios, que distingue entre los que tienen hasta estudios primarios y que destacan por su elevado familismo (73 por ciento) y los que cuentan con estudios secundarios y universitarios, grupo del cual prácticamente la mitad se considera no familista o ambivalente (49 por ciento). Como es sabido, en España esta variable educativa se halla estrechamente relacionada con la edad: los mayores registran niveles educativos mucho más bajos que los jóvenes. Ahora bien, dentro de cada grupo de edad, la mayor formación permite pro-

blemente una mayor independencia de la red familiar, facilita el acceso a una mayor diversidad de recursos y tal vez aligera el peso de las pautas culturales tradicionales.

Dentro de ambos grupos hay diferentes ramificaciones. En el caso de las personas menos cualificadas, el elemento más importante es la tenencia de hijos. Aquellas personas sin descendencia se muestran mucho más familistas que las que sí tienen (93 por ciento frente a 69 por ciento). Esto puede deberse a que las personas sin hijos perciben más el riesgo de quedar desasistidas, y por ello abogan por fortalecer el sistema cultural de ayudas familiares; mientras que aquellas que sí tienen hijos conocen mejor el funcionamiento real del sistema de intercambios y saben que este supone la asunción de responsabilidades mutuas, introduciendo algunas matizaciones en esta normatividad. Entre las personas menos cualificadas también cabe distinguir dos grupos en relación a los ingresos netos por hogar: aquellas con ingresos medios (entre 1.500 y 2.100 euros al mes) se muestran menos familistas que las que afirman tener ingresos muy altos o muy bajos (52 por ciento frente a 76 por ciento).

Respecto a las personas con estudios secundarios y universitarios, el grado de familismo se relaciona directamente con la edad. Dos de cada tres jóvenes (menores de 27 años) se consideran familistas (65 por ciento). Muchos integrantes de este grupo se hallan todavía en el sistema educativo, no emancipados o en la fase de capitalización para la emancipación, por lo que razonablemente valoran positivamente el esfuerzo realizado por sus progenitores y la obligación moral de corresponderles. Sin embargo, parece que este sentimiento se relaja con los años, pues a medida que aumenta la edad, el grado de familismo va disminuyendo, llegando en el grupo de los mayores de 46 años a predominar quienes han quedado clasificados como no familistas o ambivalentes (57 por ciento). Se aprecia una importante excepción en el grupo de edad entre 26 y 39 años: la convivencia en alguna ocasión con los abuelos refuerza el familismo (64 por ciento frente a 47 por ciento).

Los resultados del análisis de segmentación muestran que la relación entre los valores familiares y los intercambios de ayudas se encuentra mediada por factores sociodemográficos. Para profundizar en las diferencias intergeneracionales controlando los elementos estructurales, se ha realizado un análisis multinomial en el que se contrastan los distintos grupos de edad teniendo en cuenta todas

las características (cuadro 5). Los resultados de este análisis confirman los obtenidos a través de la segmentación.

Las principales diferencias entre generaciones se deben a cuestiones sociodemográficas; estas variables explican el 16 por ciento de la varianza, mientras que las relacionadas con los valores e intercambios de ayudas apenas aportan un 3 por ciento a la explicación del modelo. La generación más joven se caracteriza por su más alto nivel de estudios en comparación con el resto de generaciones, así como por su más tardía emancipación. De forma específica, y en relación con el grupo de personas adultas (36 a 59 años), los jóvenes cuentan con un menor tamaño de su red familiar, similar al de la generación mayor, aunque por razones diferentes al encontrarse en distintos momentos de su ciclo de vida. Por otro lado, si se comparan jóvenes con mayores, los primeros, pasan menos tiempo de ocio con la familia, tienen más ingresos y suelen residir en municipios más pequeños.

Teniendo en cuenta estas características sociodemográficas, desde el punto de vista de los valores no hay diferencias significativas entre la generación de jóvenes y adultos, pero sí entre la de jóvenes y mayores. El resultado muestra que, tomando como referencia a las personas que se declaran con valores familiares ambivalentes, los jóvenes muestran una postura contrapuesta; es decir, por un lado se consideran más familistas que la generación mayor, pero, por otro lado, menos. Ello indica que hay un grupo de jóvenes muy comprometido con los valores de ayuda a la familia, pero otro más individualista e independiente.

Su papel en los intercambios es también muy significativo. La generación de los jóvenes destaca por ayudar y recibir mucho en comparación con la de adultos y mayores, cuya probabilidad de no ayudar ni recibir ayuda es tres veces mayor (3.040 y 3.336, respectivamente). Los jóvenes son, por tanto, una generación implicada, que contribuye a ayudar a la familia, pero que también recibe importantes beneficios de sus acciones. Se trata, pues, de relaciones de reciprocidad. Sin embargo, cuando se analizan las relaciones asimétricas en las que se ayuda más de lo que se recibe, la probabilidad de que se den en la generación de adultos y mayores es dos veces mayor que en la de jóvenes (2.084 y 2.091). Estos resultados sugieren que la generación intermedia y la de las personas mayores dedican mucha de su capacidad de apoyo a los jóvenes, cumpliendo su parte del pacto. Los

datos se refieren a una "fotografía" en un momento concreto en el que, debido a su situación en el ciclo de vida, los jóvenes son claros beneficiarios de la solidaridad familiar. Con todo, a la hora de generar expectativas sobre su implicación futura en la prestación de ayuda familiar, conviene tener en cuenta que probablemente su comportamiento no dependa tanto de los valores familiares, sino de factores sociodemográficos tales como su nivel educativo, lo cual puede apuntar hacia una tendencia de menor implicación.

7. CONCLUSIONES

Uno de los principales retos a los que se enfrentan las sociedades avanzadas consiste en responder adecuadamente a las demandas de cuidados previstas para los próximos años. En los países familistas, el desempeño de esta función hundía tradicionalmente sus raíces en el pacto de solidaridad familiar, un fuerte sistema normativo en virtud del cual los adultos ayudaban a los jóvenes y mayores, esperando, a su vez, que sus descendientes se comprometieran con ellos al llegar a la vejez. Pero estas relaciones de reciprocidad diferida en el tiempo, basadas en el principio de donación, no son inmunes a los procesos de cambio familiar que se vienen produciendo de manera visible en las últimas décadas.

La radiografía de la solidaridad familiar en España muestra cómo, a pesar de los rápidos e intensos cambios acontecidos en el ámbito de la cultura familiar, el deber de apoyar a la familia sigue estando muy presente. Casi seis de cada diez españoles mayores de edad pueden considerarse como "familistas" a tenor de los valores que suscriben. Los jóvenes manifiestan su sentido de obligación de ayuda a sus padres, sobre todo, en la vertiente económica, y se muestran activos a la hora de dar y recibir ayudas. Quienes engrosan el grupo de edad intermedia (36 a 59 años) pueden considerarse la "generación cuidadora". Son los integrantes de esta generación quienes siguen llevando el peso de los apoyos; sobre todo, las mujeres, casi la mitad de las cuales declara prestar más ayuda de la que recibe. No obstante, también la generación de los mayores, en parte gracias a la mayor autonomía conseguida gracias a las prestaciones y los servicios del Estado del bienestar, cobra un papel importante tanto en el cuidado de los nietos como en la provisión de ayudas económicas.

Sin embargo, a pesar del mantenimiento de este sistema informal de ayudas, no cabe excluir que se esté produciendo un lento cambio en las pautas de solidaridad familiar. La generación de los

jóvenes tiene la clave en este sentido. Son ellos los que destacan en mayor medida el papel fundamentalmente emocional que debe desempeñar la familia. Asumen el compromiso de ayudar a sus

CUADRO 5

ANÁLISIS DE REGRESIÓN MULTINOMIAL ENTRE GENERACIONES TENIENDO EN CUENTA CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS, VALORES FAMILIARES E INTERCAMBIOS DE AYUDAS (ODDS RATIO)

	36 a 59 años vs. 18 a 36 años	60 o más años vs. 18 a 36 años	36 a 59 años vs. 18 a 36 años	60 o más años vs. 18 a 36 años
VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS (CONTROL)				
Sexo ¹	1.032	1.357	1.064	1.433
Tamaño red familiar ²	1.157***	1.051	1.173***	1.070
Edad a la emancipación	1.044*	1.086***	1.051**	1.093***
Ocio con la familia ³	1.260	1.519*	1.274	1.511*
Estudios primarios	---	---	---	---
Estudios secundarios	0.341*	0.086***	0.345*	0.085***
Estudios universitarios	0.171***	0.042***	0.199**	0.049***
Ingresos ⁴	1.044	0.707***	1.051	0.715***
Tamaño población ⁵	0.952	1.385**	0.909	1.324*
VARIABLES SOBRE VALORES FAMILIARES E INTERCAMBIO DE AYUDAS				
No familistas			0.884	0.510*
Ambivalentes			---	---
Familistas			0.763	0.567*
Ayudan y reciben mucho			0.394**	0.154**
No ayudan ni reciben			3.040**	3.336**
Ayudan y reciben algo			---	---
Ayudan más de lo que reciben			2.084**	2.091**
Reciben más de lo que ayudan			0.810	0.658
Pseudo-R ²	0.161	0.161	0.197	0.197
Chi ²	0.000	0.000	0.000	0.000
Log likelihood	-834.76	-834.76	-799.12	-799.12
N	945	945	945	945

Nivel de Significación: *** p < 0,001; ** p < 0,01; * p < 0,1.

Nota: ¹ Sexo (1= hombre).

² Tamaño de la red familiar: se contabiliza si tiene pareja, padres, hermanos e hijos.

³ Ocio con la familia: pasa la mayor parte de su tiempo de ocio con la familia (1).

⁴ Ingresos: se miden los ingresos netos por hogar en una variable con ocho categorías (1= menos de 900 euros mes y 8= más de 2.700 euros al mes).

⁵ Tamaño población: se mide en una variable con cuatro categorías donde 1= hasta 10.000 habitantes y 4= más de 500.000 habitantes.

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Redes Sociales y Solidaridad* (2007).

padres, pero no tanto el deber de prestar ayuda económica a sus hijos. Por otra parte, se implican en los intercambios de ayudas, pero equilibradamente, es decir, dando y recibiendo en cantidad parecida. Quizá más que los valores familistas, el elemento crucial a la hora de predecir su implicación en responsabilidades familiares sea de carácter sociodemográfico. Para poder anticipar la mayor o menor continuidad del pacto de solidaridad familiar en el futuro, sería necesario disponer de datos longitudinales y de preguntas acerca de las expectativas de ayudas por generación. Lo que sí cabe prever es un cambio en la fundamentación de estos intercambios solidarios, motivado por la reducción del tamaño de la red familiar, la dedicación de buena parte del tiempo de las mujeres a las tareas extradomésticas y la mayor cualificación de los jóvenes. Todo ello puede dar lugar a una mayor flexibilización de los comportamientos intergeneracionales de ayuda, aun cuando continúen disfrutando de altos niveles de legitimidad social.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERDI, I. y P. ESCARIO (2003), *Flexibilidad, elección y estilos de vida familiar*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

ATTIAS-DONFUT, C. (2000), "Rapport de génération. Transferts intrafamiliaux et dynamique sociale", *Revue Française de Sociologie*, 41-4: 643-684.

AYUSO, L. (2010), "Juventud y familia a comienzos del siglo XXI" en: GONZÁLEZ, P. (coord.), *Jóvenes españoles 2010*, Madrid, Ediciones SM: 115-174.

BAZO, M.T. (2008), "Personas mayores y solidaridad familiar", *Política y Sociedad*, 45: 73-85.

BECK-GERNSHEIM, E. (2003), *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*, Barcelona, Paidós.

BECKER, G. (1987), *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza.

— (1993), "Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Life", *Journal of Political Economy*, 101 (3): 385-409.

BENGTSON, V. y W. ACHENBAUM (1993), *The Changing Contract Across Generations*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

COLEMAN, J. (1993), "The rational reconstruction of society", *American Sociological Review*, 58: 1-15.

DE SINGLY, F. (2000), *Libres Ensemble*, Paris, Nathan.

DONATI, P. (1997), "El desarrollo de las organizaciones del Tercer Sector en el proceso de modernización y más allá", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79: 113-142.

FLAQUER, LL. (2004), "La articulación entre familia y Estado del bienestar en los países de la Europa del Sur", *Papers*, 73: 27-58.

GARRIDO, L. (1996), "La temporalidad: ¿pacto intergeneracional o imposición?", en: *La duración del contrato de trabajo*, Madrid, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid: 47-91.

— (2006) "Jubilación y reproducción: hacia una mayor equidad intergeneracional", *Panorama Social*, 4, 61-75.

GAVIRIA, S. (2005), "De la juventud hacia la edad adulta en Francia y España", *Revista de Estudios de Juventud*, 71: 31-41.

GIDDENS, A. (1995), *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.

JURADO, T. y M. NALDINI (2007), "El papel de la familia en el régimen de bienestar español" en: JURADO, T. (ed.), *Cambios familiares y trabajo social*, Madrid, Ediciones Académicas: 103-135.

LEAL, J. (2002), "Retraso de la emancipación juvenil y dificultad de acceso de los jóvenes a la vivienda", en: IGLESIAS DE USSEL, J. (coord.), *La sociedad, teoría e investigación empírica. Estudios en homenaje a José Jiménez Blanco*, Madrid, CIS: 249-264.

MARTÍN ARANAGA, I. (2000), "Las redes sociales de acceso al empleo: el papel de la familia", en: SIMÓN L. Y M. REJADO (eds.), *Familias y bienestar social*, Valencia, Tirant lo Blanch: 219-243.

MARTÍNEZ PASTOR, J. (2008), "Cada vez menos y más tarde: un análisis de la nupcialidad masculina durante los últimos treinta años en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 123: 59-86.

MEIL, G. (2000), *Imágenes de solidaridad familiar*, Madrid, CIS.

— (2006), *Padres e hijos en la España actual*, Barcelona, La Caixa.

— (2011), *Individualización y solidaridad familiar*, Barcelona, La Caixa.

MURDOCK, P. (1949), *Social Structure*, Nueva York, McMillan.

PÉREZ-DÍAZ, V.; CHULIÁ, E. y B. ÁLVAREZ-MIRANDA (1998), *Familia y sistema de bienestar: La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor.

REQUENA SANTOS, F. (2011), *Las redes de apoyo social*, Madrid, Cívitas.

TOBÍO, C.; AGULLÓ, M.S.; GÓMEZ, M.V y M.T. MARTÍN (2010), *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*, Barcelona, La Caixa.